

Breve biografía -presentación-

En mi (DNI), aparece el nombre de Antonio José Royuela García.

La Universidad acredita que soy licenciado en Psicopedagogía y diplomado en Ciencias de la Educación. Trabajo como maestro de Primaria en Torremolinos - Málaga-

Inicié mi "carrera" literaria con el poemario "**Desajustes**" (agosto del 2008), le siguió un segundo poemario "**La Mente del Mono**" (noviembre del 2011) y desde (abril del 2015) está en las librerías "**Zonas + Resiliencia**", poemario + libro de microrrelatos.

Te diré que no me gustan los chalecos antibalas, casi siempre viajo de espaldas. Quién puede desdecirse de su memoria. Me quedo con la versión de que mis letras hablan de una conjura a tiempo, de una cobardía ingeniosa o tal vez de lo que mis ojos ven dentro de mí. Si te preguntas por nuestro encuentro, aquí: en www.antoniojoseroyuela.com podrás velar armas. En esa misma dirección web, encontrarás: premios y des-premios, colaboraciones y demás huellas literarias.



Microrrelatos

Antonio José Royuela

Las bragas

Nada más desembarcar, con la maleta donde llevaba los últimos vestigios de una relación sentimental fallida, conocí a Rosa. Fue en la cafetería del aeropuerto de Heathrow. Trabajaba como camarera. Creo recordar que era venezolana. No era Rosa, la Bella del Valle de la maravillosa novela "La casa de los espíritus". Tampoco creo que sus sueños tuvieran un final tan trágico como los de Rosa, la Bella del Valle.

Quedamos para cenar aquella misma noche en Trafalgar Square. Me contó que un día dejaría atrás su uniforme y cogería un vuelo a ninguna parte.

Al terminar de cenar, tomamos más de una copa en un bonito pub llamado: “The Sherlock Holmes”. Me pidió ir a mi hotel. Se avergonzaba del piso y la habitación que compartía con dos chicas más, en la periferia de Londres.

Era tímida y más religiosa de lo que estoy acostumbrado a sobrellevar, pero me encontraba muy a gusto con esta sudamericana de grandes curvas corporales.

El ruido de la ducha me despertó. Su ropa, a excepción de las bragas que aún permanecían en el suelo, estaba bien colocada en una de las sillas que tenía la habitación. Pensé en proponerle que me avisara cuando fuese a sacar ese billete de avión a ninguna parte. Al salir de la ducha me dijo que debía irse. Tenía el cabello húmedo y un brillo espectacular en la piel. Mientras se vestía y acicalaba, entendí que todo esfuerzo para que al menos me regalase aquellas bragas sería inútil.

La chocolatina

Como un bigote a lo antiguo, debajo de la nariz. Ese era el modo con el que papá ocultaba su labio leporino. Me encantaba cuando era él quien venía a despertarme, “güenos días, princesa”. Con los ojos y una sonrisa que delataban modorra, le abrazaba el cuello y le daba un beso mientras me sacaba en volandas de la cama.

Camino del colegio, papá siempre me daba una chocolatina. Era nuestro secreto.

Ahora es el despertador quien me desvela. Mi madre se levanta más tarde y su nuevo compañero no soporta con elegancia sus dolencias.

Quizá no sea una princesa, pero a diario me compro una chocolatina.

Soledad

Mi padre, me contaba cómo el suyo repetía: “Pocas cosas ofrece la vida, mejor que la de sentarse en un parque y dejarse llevar por todo lo que allí sucede”.

Para mi abuelo, lo más importante era percibir el olor de muchas flores diferentes. Instalado en una realidad de amor como pocas he conocido, de las que se disfrutaban sin atenuantes. Junto a mi abuela, repartía migas de pan y trocitos de fruta a las palomas que le esperaban con paciencia.

Años más tarde, cuando mi abuelo instaló su jardín en aquel lugar del que nada conocemos, mi padre siguió con la costumbre de sentarse en uno de aquellos bancos de la arboleda que frecuentaba su padre.

Muy distinto a mi abuelo, mi padre se casó y se arrepintió antes de la tercera luna llena posterior a su matrimonio, pero permaneció junto a mi madre hasta que yo nací. A pesar de todo, mantenía la visión poética de lo que sucede en los parques. Lo había heredado de mi abuelo. Apreciaba el rumor de la lluvia

tenue sobre los árboles y la hierba. A veces, solía pasear y disfrutaba de un buen picnic, siempre que el trabajo se lo permitía.

Intenté mantener la tradición a la muerte de mi padre, pero no era capaz de discernir fragancia alguna. Imagino que la ausencia de unas manos femeninas sobre mis hombros tuvo algo que ver. Tampoco fui capaz de valorar el sonido del tintineo de las hojas cuando llovía. Esto último creo que se lo debo a mi obsesión por circunscribir el amor a una realidad turbia.

Desde hace años, vengo al parque. Le hablo de mis cosas a la estatua situada en el centro de un pequeño lago artificial, sin obtener respuesta alguna hasta el momento.

Poemas

Otra vez yo

Si escucho ruido de metal, huyo.
 Pongo atención cuando habla un loco.
 Amé a las bellas jovencitas de los grandes capos.
 Atrevido, peligrosamente alegre
 para estos convulsos tiempos.
 Disfruto sentándome en los parques
 para contemplar lo que no sucede.
 Por mucho que reparo mis zapatos,
 ese cabrón del tiempo
 no deja de despedirse de mí.
 En mi armario, nunca faltan dos alas de repuesto;
 aunque prefiero agotar el kilometraje.
 No tengo nada de buen pastor,
 tampoco de lobo estepario,
 aunque de este último anhele su naturaleza instintiva.
 Para mí, escribir guarda más relación con la pericia
 de conocer el límite de tu aniquilamiento
 que con las estrellas fugaces.
 Cuando soy derribado,
 me levanto y corro como si nada.
 Tanta nube gris en ojos inocentes no es justo.
 Aquí tienes mi mano para enterrar a los muertos.

Me gustaría contar que nunca claudiqué, que fue fácil,
 pero te estaría mintiendo.
 Las partes del amor no editable
 las guardo en una caja que nunca abriré.
 Si me pones un examen por sorpresa,
 procura que al menos esté bien redactado.
 Si me obligas a dañarte, me haces daño.

Le estoy agradecido a todos los que no despreciaron mi voz
antes de escucharla.
Sabré valorar si me besas cuando tenga llagas.
Ayúdame, siempre hay un hueco que no sé llenar.
Hasta aquí otra vez yo.

La belleza de lo frágil

Me pregunto qué le da forma a la risa de un bebé,
a la cadencia silenciosa de unos pies desnudos
sobre la cuerda floja,
a dos novios en su Luna de miel,
a una vela y su olor a esencia de noche
o a los temblores de dos ancianos en la búsqueda
de los ladridos de la carne.

¿Qué inteligencias sacuden mi espíritu
ante un acontecimiento de este tipo?

¿Hay una correspondencia precisa
entre los hilos que me sujetan y estas explosiones de la naturaleza?

No lo sé.
Ni me interesa la lingüística del psiquiatra
para documentar que se debe
a las brujas que corren por mis venas.

Los Reyes Magos

Conservo los mismos ojos detrás de la ventana.
Las ilusiones mantienen su forma de zapatos
a la espera de unos caramelos,
a pesar de que el invierno pudiera dejarme
algún paquete de frío bajo la almohada.

Más allá de la sombra de los adornos
se esconden las inquietas sábanas,
la ladera luminosa por donde se aproximan las carrozas,
la canción favorita del niño
y su impaciencia por ver amanecer.

Pido una calle, alguna esquina.
No soy tonto.
Es posible que guarden el rencor
de alguna guerra perdida,
pero también el compromiso
de negociar las esperanzas con el mundo de lo posible.

Regalar París, un bosque de pasiones
o el ritmo apropiado del corazón
necesitan compartir la realidad de un sueño.

No hay ninguna inocencia que perder.
El poder de la imaginación
no garantiza la eliminación de lo injusto.
La propia existencia nos obliga a guardar los ideales
en un cajón secreto
como haría un enamorado con los síntomas de su enfermedad.

La antigüedad de las estrellas
no es el problema.
No tener zapatos no significa andar descalzos.
Quieren que dejemos sobre la alfombra
los anhelos de un mundo más solidario.

El coche teledirigido y el carrito de pasear a la muñeca,
que no se apilen nuevos mendigos,
que la marea no arrastre más oleaje humano.
Ningún pantalón más largo.
Toca cambiar de Reyes manteniendo la ilusión en los de Oriente.